



LUIS MEY
*Diario de
un librero*

Página 3



DANIEL RIERA
*Mamushkas
del Himalaya*

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 184 | JUEVES 11 DE JUNIO DE 2015



Gottfried Benn
**El poeta en
la morgue**

UN MOSAICO FAMILIAR DEL TRAUMATIZADO SIGLO XX

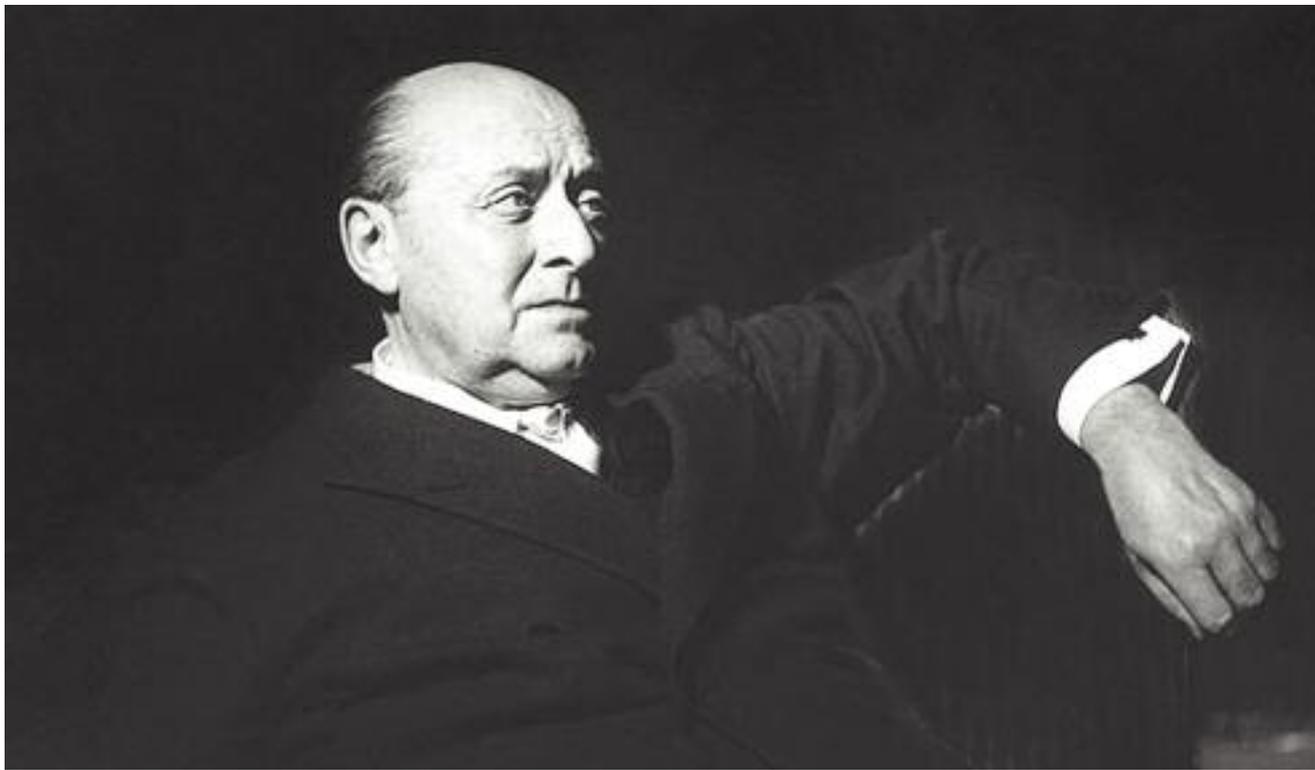
Ganadora del prestigioso premio literario alemán Ingeborg Bachmann y publicada en veinte idiomas, la novela *Tal vez Esther* escrita originalmente en alemán por la ucraniana Katja Petrowskaja, es un mosaico reconstruido con recuerdos y archivos narrados en un registro entre documental y literario, que desnuda la persecución de los judíos ucranianos durante la Segunda Guerra Mundial.

Publicada por Adriana Hidalgo, esta historia es una reconstrucción que va de Kiev a Mauthausen y de Varsovia a Auschwitz en una ruta con sonido de catarsis como música de fondo en el que acompañan a la autora sus parientes vivos y muertos. Petrowskaja (Kiev, 1970) despliega un árbol genealógico de un revuelto siglo XX sirviéndose de una gran cantidad de información.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 11 DE JUNIO DE 2015

El poeta en la morgue



GOTTFRIED BENN. EL AUTOR, QUE ESCRIBIÓ *MORGUE* A LOS VEINTISÉIS AÑOS, NUNCA OCULTÓ SU ENTUSIASMO Y SU APOYO INICIAL AL NAZISMO. SE ENROLÓ EN EL EJÉRCITO ALEMÁN COMO MÉDICO.



→ GUILLERMO SACCOMANNO

Si la estética surge como un discurso del cuerpo, cabe preguntarse qué belleza reside en los cadáveres de un cervicero borracho, de una puta muerta con las piernas abiertas, en unas ratas asomando sus hocicos en el cuerpo frío de una muchacha que expiró hace poco. Estos son algunos de los temas de la primera poesía de Gottfried Benn en 1912. Su autor tiene veintiséis años y titula *Morgue* un cuadernito con unos pocos versos. Al mismo tiempo edita un ensayo: “Sobre la frecuencia de la diabetes mellitus en el ejército”. Porque su autor es médico especialista en piel y divide su producción literaria entre prácticas forenses y la escritura poética. “Cuando escribí *Morgue* era de noche”, registrará en sus memorias. “Yo vivía en el noroeste de Berlín y había tenido una clase de disección en el Hospital de Moabit. Era un ciclo de seis poemas, que emergieron todos a la misma hora, salieron impetuosamente y estaban allí, donde antes no había absolutamente nada. Cuando terminó aquel estado de

perturbación de la conciencia yo estaba vacío, hambriento, vacilante, y salí a duras penas de aquel gran colapso.”

Hijo de un pastor protestante vagamente socialdemócrata, Gottfried recordaría siempre—y habría de testimoniarlo en un poema—que en su casa no se conocía la pintura de Gainsborough, ni la música de Chopin. El padre le impuso estudiar teología y filología, pero el hijo, después de iniciar esos estudios, los abandonó para seguir medicina. El enfrentamiento entre ambos se agravó durante la agonía de la madre: el hijo intentó suministrarle calmantes y el padre se opuso, argumentando que el dolor era un mensaje de Dios. En tanto, publicaba sus primeros textos y, alistado en el ejército del Káiser, participaba como médico en la Primera Guerra tal como volvería a hacerlo en la Segunda.

Benn nunca ocultó su entusiasmo y apoyo inicial al nazismo. Su adhesión fue motivada, se justificaría, en el rechazo a “la servidumbre de los pagarés”. Los nazis afirmaban: “Los auténticos so-

cialistas somos nosotros, los nacionalsocialistas”. Benn encontró una coartada para su actividad en este período. Si se lee con atención *Doble vida*, su autobiografía, podrá repararse que, aun cuando insiste en afirmar que no fue antisemita, su defensa de lo ario le patea en contra. Nunca pensó que el antisemitismo iba en serio, escribió. Benn fue miembro de la Academia Prusiana de Letras y mantuvo discusiones con los exiliados. Y acá no es desatinado preguntarse dónde estaba cuando la quema de libros. Lo que explica, entre otras cuestiones, por qué no son amables las menciones que hacen de él los exiliados Thomas Mann y Herman Hesse en su correspondencia. Para probar su amplitud, Benn recoge en sus memorias la polémica sobre los emigrados que mantuvo con Klaus Mann, el escritor de *Mefisto*. Tardíamente se sincera y le reconoce a Mann sus críticas, pero esta admisión, como si su nazismo hubiera sido un impulso romántico de juventud, no alcanza para liberarlo del peso de una vergüenza que no logrará disimular por más que la decore con una retórica pretenciosa.

Según cuenta en sus memorias, engancharse otra vez como

médico en el ejército fue un escape: “Mi ingreso no fue ni militarista ni belicista sino como sanitarista, y mi actividad estuvo limitada a la previsión social”. Aunque era protegido de Himmler, esta segunda militarización fue un modo de alejarse de la mirada reprobatoria del nazismo, que comenzaba a juzgar “degenerado” su expresionismo.

Sin quitarle el mérito poético a la serie *Morgue*, considerándola como un descenso a lo más sombrío de lo humano, sus formas más escabrosas, cabe preguntarse si en este gesto, además de piedad, no puede leerse un rechazo de la fealdad corporal que plantea, como tácita antítesis, un ideal de belleza aria. Ya finalizada la guerra, admirador confeso de Stefan George, publica *Poemas estéticos* y *Postludio*, dos colecciones cuidadosas, más metafísicas que narrativas, preocupadas por lo formal. Pero ninguna alcanza la potencia descarnada de *Morgue*, esa ferocidad de quien contempla la degradación y el horror persiguiendo la piedad, una búsqueda de absoluto, si es que puede ha-

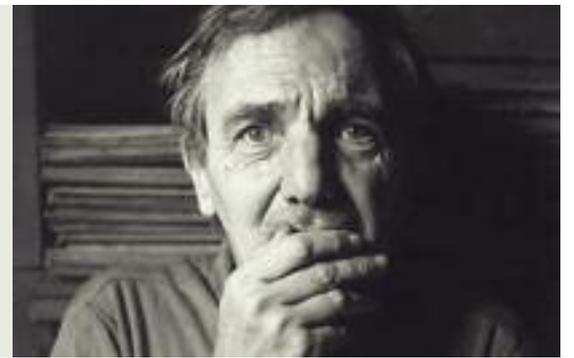
berlo en esta miseria humana. En la posguerra tardía, habilitado socialmente, Benn continuó publicando y hasta recibió una pensión sin dejar de ejercer la medicina, compartiendo el piso con su tercera esposa odontóloga mientras los pacientes de ambos aguardaban en la misma sala. Algunos críticos llegaron a señalar que su influencia podía notarse en Paul Celan, pero nada más disparatado que esta asociación. Uno de sus últimos poemas, “Conclusión”, termina así: “Por la noche, en los bares, donde me escondo a veces, / sin fundamento y en el destierro de la desnudez, / como en el seno materno”.

Un año antes de su muerte, Benn le dedicó a un amigo su libro último, *Postludio*. Como dedicatoria escribió: “Selah, fin del salmo”. La palabra hebrea selah, que figura al final de muchos salmos, es de origen desconocido y apenas se sabe nada sobre su significado. Es posible que, además de indicar el final de la plegaria, sea un aviso a los fieles para que se dispongan a la siguiente parte del oficio religioso. En el lenguaje coloquial alemán de hasta no hace tanto se usaba a veces en el sentido de “listo”, “no se hable más”. Gottfried Benn murió en 1956.

UN OUTSIDER RETORNA AL CIRCUITO LITERARIO ARGENTINO

J. Rodolfo Wilcock, un outsider inclasificable de la literatura argentina, portavoz del 'secreto Borges' en Italia, adonde se rehace como escritor y accede a un nicho negado de este lado del Atlántico, tutelado por escritores como Italo Calvino, retorna al circuito local con *El caos*, un libro de cuentos tan extraños y desconcertantes como su figura y su vida literaria. Un tullido abandonado entre

caníbales; cerdos transparentes que devoran amantes; enanos sin humanidad visible; un hombre que avanza por la playa como perro apaleado: latigazos en la espalda y una gruesa cadena ceñida a la cintura sostenida por otro hombre... los personajes y situaciones que plantea Wilcock y que recupera *La Bestia Equilátera* son al menos inhabituales, surreales.



JUEVES 11 DE JUNIO DE 2015 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



LEONARDO HUEBE

En *Diario de un librero* (Interzona Editora, 2015), Luis Mey lleva a sus lectores a recorrer de forma amena (a veces desopilante) los oscuros rincones del submundo de las librerías a través de las experiencias de los empleados. Haciendo recordar en su estructura a las memorias de Héctor Yánover, Luis Mey devela en esta obra las peripecias y sinsabores del librero moderno.

Así comienza:

Un librero amigo me cuenta que no es fácil el oficio. Amo los libros. No entiendo por qué me dice eso. Fernando, se llama. Me dice que tenga cuidado. Y sigo sin entenderlo. Puede ser gracioso hasta que no lo es, insiste. Dame un ejemplo, reclama:

— Ayer me pidieron Malbec, de Shakespeare.

Es cierto. Es gracioso. Pero no lo veo reírse.

— ¿Por qué no te reís?

— Porque pasa todo el tiempo...

El libro está catalogado como novela, ya que de forma paralela a las anécdotas y tribulaciones que le suceden al personaje en su horario de trabajo, el autor extiende las notas al ámbito de su vida privada. Mey dice mezclar en este diario realidad y ficción, pero quien haya vivido durante mucho tiempo en el peculiar universo de las librerías, enseguida infiere que hay más de lo primero que de lo segundo.

De manera excepcional, Luis Mey anota diálogos o intercambio de correos electrónicos con otros libreros, lo que da a entender que los sucesos descritos en el diario no son particulares, sino generales.

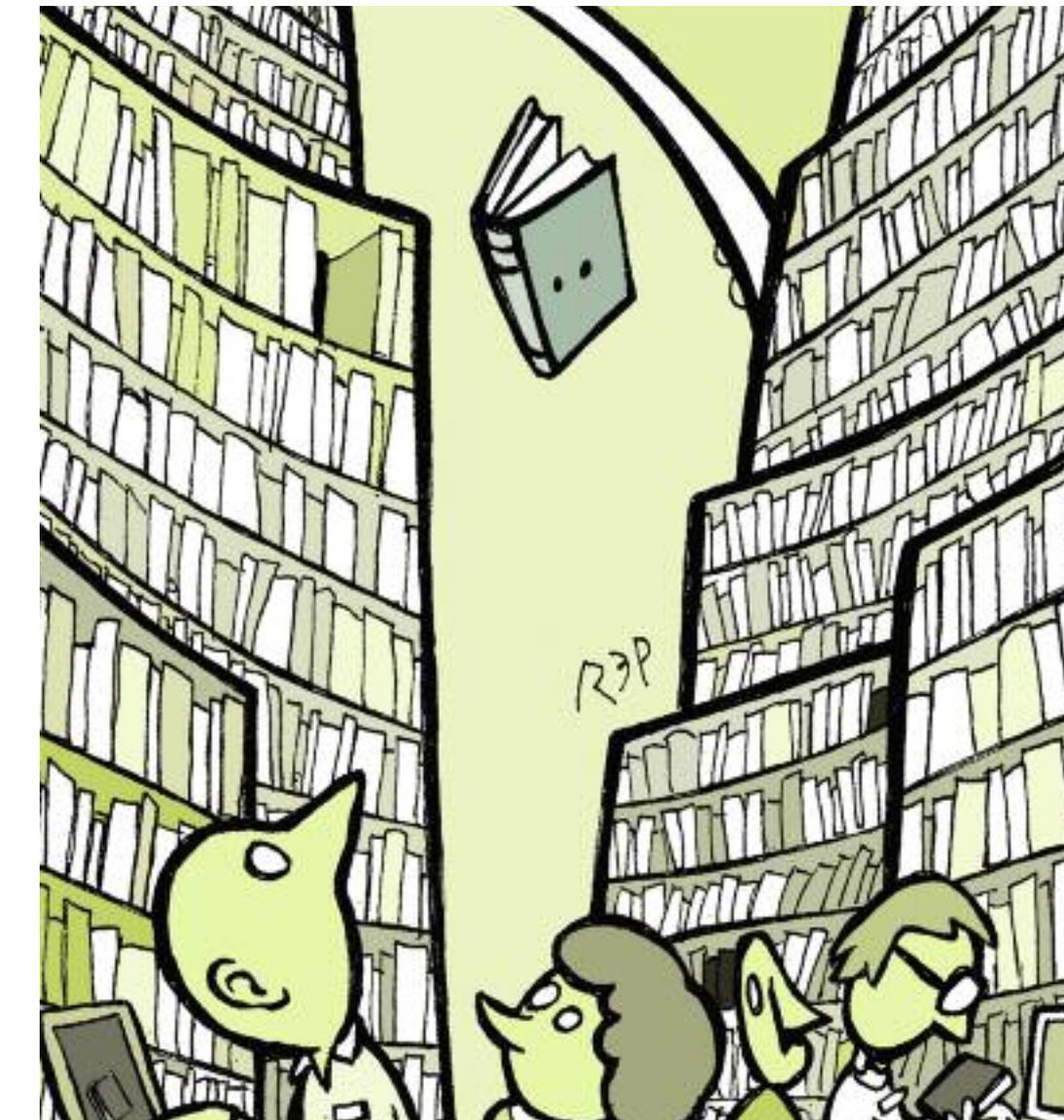
La ilustración de tapa de Miguel Rep hace honor al contenido de *Diario de un librero*.

Con respecto a las citadas generalidades, lo que el imaginario colectivo cree:

Al librero le pagan por leer en el horario de trabajo.

Al librero el dueño le regala los libros que le gustan.

El librero leyó cada uno de los libros que están en los anaqueles y por esa razón no miente cuando recomienda.



Luis Mey *Diario de un librero*

El librero no transpira porque no hace trabajo físico, sólo intelectual.

Al librero le “encanta” hablar de literatura.

Al librero le “encanta” que los clientes se le acerquen y le hablen de literatura.

El librero sabe todo, por eso no es un problema darle mal el título o el apellido del autor del libro que se está buscando.

La triste realidad es:

Lo único que lee el librero en su horario de trabajo son los lomos de los libros mientras busca un ejemplar escondido y, delante de los clientes, de reojo, las reseñas de las contratapas de las obras de las que no tiene idea de que se tratan. El

buen librero debe ser talentoso para esa clase de disimulos.

El librero, con suerte, en su vida ha leído el quince por ciento de lo que hay en los anaqueles.

El trabajo de librero deja, con el tiempo, secuelas físicas incurables, sobre todo en cuello, cintura y rodillas. Aunque las psicológicas son peores.

Después del sepulturero, el deshollinador y el mecánico de autos, el trabajo de librero es el más sucio de la galaxia. Reordenar una sección de una temática de poca venta, acomodar una reposición de libros o realizar una devolución para alguna editorial, conlleva recibir sobre el cuerpo entre dos y tres kilos de polvo, tierra, pelusa, telarañas y mosquitas muertas. La distribución de esa inmundicia es, generalmente, así: una parte va di-

rectamente a los ojos, lo que genera un taponamiento de la glándula lacrimal (es esta la excusa que usa frecuentemente el librero para explicarle al dueño o al encargado del local por qué tiene los ojos inyectados en sangre). Otra parte va a las fosas nasales y a la boca, y por estos dos caminos directamente a la garganta y los pulmones (es hobby del librero masticar esa tierra como si fuera una bola de gofio). La pasta mugrienta que se forma debajo de las uñas de un librero es un peligro potencial para el resto de la humanidad.

Quizá, al librero novato le “encanta” hablar y escuchar sobre literatura, pero al veterano lo que le “encanta” es terminar la jornada sin que alguien confunda a Bu-

kowski con Jodorowsky o a Jodorowsky con Narosky y que los ejemplares que le piden no estén ubicados ni muy arriba ni muy abajo en la estantería.

El librero tiene una capacidad de razonamiento sobrenatural para resolver los acertijos que algunos clientes le formulan.

Luis Mey nació en Buenos Aires en 1979. Publicó con Factotum Ediciones *Las garras del niño inútil*, *En verdad quiero verte pero llevará mucho tiempo*, y *Los abandonados*, una trilogía lúcida sobre la vida en el conurbano. En Emecé, en coautoría con Andrea Stefanoni, apareció *Tiene que ver con la furia*. Notanpuán publicó su novela de terror *Macumba*. En 2013 con la novela *La pregunta de mi madre* obtuvo el Premio Décimo Aniversario de Revista Ñ.

Para finalizar, dos de las notas de *Diario de un librero* que resumen un poco el oficio:

Martes

Si querés ser librero, tenés que hacer una prueba en tu casa que dura todo el día y que consiste en que un familiar solidario te pregunte entre ochenta y ciento noventa veces lo siguiente: “Joven, ¿cómo están ordenados los libros? O “Lo que está en la estantería, ¿es todo lo que tenés de Florencia Bonelli?”

Si soportás esa jornada (en tu propia casa), animate y dejá un curriculum en la librería.

Me cuenta Mariana Barrón, colega, que, en su librería, entre cinco y quince veces por día entra alguien y le dice: “ustedes sí que tienen un lindo trabajo; se la deben pasar leyendo todo el día”.

Y agrega que, el noventa por ciento de las veces, se lo dicen mientras la ven agachada ordenando libros.

Viernes

A la salida, Francisco me manda un mensaje. Parece nervioso. Me dice que no me puede explicar lo que acaba de pasar. Le insisto. Me dice lo que le pidieron. Y que todo pasó en el término de una hora y media.

Primer pedido: Las nenas abiertas de América Latina.

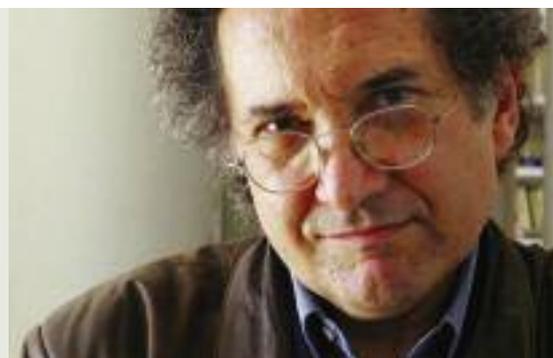
Segundo: Anal Karenina.

Te entiendo, le digo, pero me quedo mirando los fallidos y realmente no lo entiendo, ni a él ni a los clientes.

PIGLIA GANÓ EL PREMIO FORMENTOR DE LAS LETRAS

El escritor argentino Ricardo Piglia fue galardonado en España con el Premio Formentor de las Letras 2015 en reconocimiento al conjunto de su trabajo, que fue considerado por el jurado como “una obra narrativa que se desenvuelve armónicamente entre la originalidad y la cultura popular, y la tradición más exigente”. Presidido por Basilio Baltasar, el jurado compuesto por Darío Villanueva,

director de la Real Academia Española, y los escritores Félix de Azúa, José Ángel González y Marta Sanz, sostuvo que la obra de Piglia, de 73 años, se sitúa “por encima del proceso de desliteraturización que padece la novelística actual y vuelca en el pozo de un ferviente lector la mirada de un crítico literario perspicaz y el conocimiento de un teórico de la literatura”.



CONTRATAPA

→ MARTÍN KASAÑETZ

Mamushkas del Himalaya

En la película *Inception*, el personaje de Dom Cobb (DiCaprio), era un ladrón buscado por las autoridades que se dedicaba a robar ideas dentro de un mundo creado por los sueños. Estos sueños tenían múltiples capas en donde los personajes se iban sumergiendo. Cada una de estas capas tenía su propio tiempo y espacio geográfico. En *La menor*, (Galerna, 2015) Daniel Riera construye un historia que es también una especie de Mamushka literaria ubicando su propio tiempo y espacio.

La menor comienza con el encargo que le hace una compañía de teléfonos celulares a un escritor con necesidades económicas. La premisa es simple: debe escribir una novela para ser leída en teléfonos celulares. Capítulos cortos, mucha acción, tecnología futurista y personajes queribles. Ese es el plan. Y esa es también la historia de este escritor y sus personajes en mundos que comienzan a mezclarse: Nepal, el Himalaya, la aventura y las relaciones humanas hacen de esta novela un acierto que no permite dejar la lectura por la mitad. Pudimos conversar con Daniel Riera sobre su novela:

La menor parece jugar con la idea de una Muñeca Rusa, mostrando la novela dentro de la novela: ¿cómo surgió esta idea?

Lo primero que se me ocurrió fue ese encargo y esa supuesta contradicción entre los ideales estéticos y la necesidad material. A partir de ahí vino todo lo demás. Inmediatamente surgió el problema del personaje del escritor: escribir una novela que funcionara dentro de los parámetros que le habían impuesto los de la compañía.

Cada personaje de *La menor* demuestra no ser lo que parece: Himalaya es una beba pero no actúa como tal. La pareja que se forma, sus padres, son tres en lugar de dos, etcétera. ¿Al escribir buscas-



DANIEL RIERA. “ME GUSTA ESCRIBIR A MEDIDA: ES UNA FORMA DE CONTENCIÓN HEREDADA DEL PERIODISMO”.

te salir de alguna manera de lo establecido?

No busqué eso, diría que eso fue el fruto de poner la imaginación en movimiento. Cuando te ponés a imaginar cosas es porque no te conforman las que ya existen, necesitás nuevas. No obstante, después fatalmente descubriste que no son tan nuevas, porque no se puede escribir como si hubieras salido de un repollo. Creo que se nota bastante la influencia de Oesterheld: por la sucesión de peripecias y por la pequeña comunidad que le teme a un entorno hostil, a lo desconocido que espera ahí afuera. Y a esto sumale preguntas sobre tu propio vacío, tus deseos y tus miedos.

¿Cómo te llevás con la tecnología?

Más o menos. La puedo pilotear más o menos rápido, pero no soy de fascinarme con el último chiche nuevo. De hecho, todavía no sé para qué sirve una tablet. Aho-

ra que a algún genio se le ocurrió incorporarle un teclado externo, lo entiendo menos: es formidable, porque juntás la tablet y el teclado externo y habrás reinventado la netbook. La parábola que describen algunas innovaciones (ahora volvemos a escuchar discos de vinilo, por ejemplo) alimenta mi desconfianza respecto de cuánto nos simplifica y cuánto nos complica la vida la tecnología. Una vez me llegaron, a la vez, un mensaje de texto, una serie de whatsapp y una serie de mensajes por el Messenger de Facebook. El celular ardía y la cabeza me explotaba. Desinstalé el Messenger: fue una manera de marcarle la cancha a la tecnología, porque tanta hiperconexión me estaba jodiendo.

¿Existen las novelas para teléfonos celulares?

No llegué a leer ninguna, de modo que no lo sé ni lo quise saber a ciencia cierta. Una vez, sí, leí una entrevista a una escritora argentina que contaba que le habían encargado una y que le parecía un hermoso desafío y etcétera. Igno-

ro si llegó a concretarla. Me pareció que no hacía falta semejante chamuyo: necesitás la guita, ok, hazlo, pero no me vengas a mentir, no le quieras dar un aura “artístico” que no tiene al asunto. Sobre esa rebelión surgió la idea de *La menor*, que en el fondo también juega con la idea de sacarle el aura a la literatura. Escribir es un oficio, y en todo caso un escritor es un tipo que ejerce ese oficio. No es un asunto tan grave y tan serio como algunos creen.

El personaje principal, el escritor de la novela, parece motivado por la necesidad de conseguir dinero pero luego esa necesidad va cambiando y sumando otras como el amor ¿Te pasó empezar a escribir de una forma y luego terminar transformando ese impulso inicial en otra cosa?

Siempre la necesidad “va cambiando” y los impulsos iniciales mutan en “otra cosa”, como dice

tu pregunta. Fijate lo que ocurre con los pacientes de un psicoanalista, por ejemplo: quieren elaborar o superar un problema, una situación que los perturba o atormenta. Una vez que la elaboraron o superaron, no es que se dan el alta: pasan a la siguiente. Bastante después de haber escrito *La menor* vi la serie *Californication*: la mayor parte de las temporadas, sino todas, arrancan con el problema de que el escritor Hank Moody necesita plata y entonces le pide a su representante Charlie Runkle que se ocupe de conseguirle un trabajo. Una vez que ese problema se resuelve, naturalmente surgen otros, que a menudo ponen en riesgo ese mismo trabajo. Cuando empecé a escribir no sabía cómo terminaba la historia. Lo único que sabía era que la novela tenía que estar escrita de acuerdo con la premisa “celular”. Me gusta escribir a medida: supongo que es una forma de contención heredada del periodismo. Mi novela anterior, *Evangelios y apócrifos*, también tiene 60 capítulos, en su caso de 60 líneas (3.600 caracteres).

Daniel Riera nació en Buenos Aires en marzo de 1970. Es autor de los libros *Vas a extrañarlo, porque es justo*, 2002 (reeditado en 2011); *Sexo telefónico*, 2005; *El carácter Sea Monkey*, 2007; *Buenos Aires Bizarro*, 2008; *Familia y propiedad/la vergüenza nacional*, 2009; *Evangelios y Apócrifos*; *Nuestro Vietnam y otras crónicas*, 2010; *Ventrílocuos. Gente grande que juega con muñecos*, 2012; *De Argentina a México en bus y otras crónicas* (Costa Rica, Colombia) 2014 y *Buenos Aires-Tijuana. Un viaje*, 2014. Es coautor de *Queríamos tanto a Olmedo*, 1991; *Virus. Una generación*, 1994; *Puto el que lee. Diccionario Argentino de insultos, injurias e improperios*, 2006 y *Barcelona 200 años. El libro negro del Bicentenario*, 2009. Codirigió el documental *Un paisaje de espanto* (2015). Es ventrílocuo.